

(página 233 y 237). Piénsese lo que se quiera de este diagnóstico, es claro para todos que Nerón dió señales inequívocas de locura.

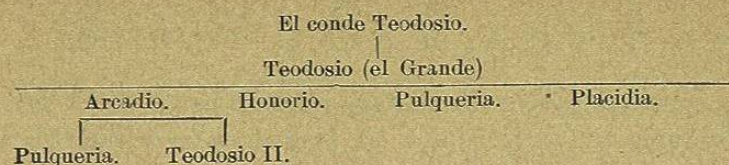
La conclusión del autor, cuyo trabajo acabamos de resumir, merece citarse: «Con Nerón acaba la familia *Julia-Claudia*; el tronco ya no dará frutos: está agotado. Sus representantes contrajeron numerosos matrimonios: César cuatro veces, Augusto tres, Tiberio dos, Caligula tres, Nerón seis. Numerosos hijos nacieron de estos matrimonios. Pero, por efecto de una consanguinidad exagerada, estos hijos nacían impropios, física y moralmente, para vivir ó perpetuarse. Morían prematuramente, gracias á su debilidad física, ó á su perversidad de espíritu, ó á sus hostilidades recíprocas, ó de cualquier otra manera no natural. Así es cómo los Césares desaparecieron de la escena de la historia, para felicidad del género humano (1).»

Antes de dejar la historia romana, señalemos algunos otros ejemplos.

FLAVIA (la gens Flavia) ha tenido por representantes principales á Vespasiano, Tito, Domiciano. La avaricia de Vespasiano era hereditaria. «El tronco de la familia fué un cisalpino llamado Petro, centurión bajo Pompeyo, que se llamó más tarde Tito Flavio Petronio y se hizo empleado de banca. Su hijo, Flavio Sabino, perceptor del cuadragésimo en Asia, ejerció en seguida el oficio de usurero entre los Helvecios. Uno de sus hijos fué Vespasiano, procónsul en Africa. Compraba, vendía y revendía caballos y mulo, lo que le valió el sobrenombre de chalán.»

TEODOSIO. En su familia el talento y el vigor parecen haberse trasmitido, sobre todo, á las mujeres.

(1) Wiedemeister, *Der Cäsarenwahnsinn*, p. 306. Esta extinción, resultante de la herencia misma, se estudiará más ampliamente en el capítulo VIII.



En la Edad Media sólo citaré:

CARLOMAGNO.—Sucesión notable en línea directa:

Su *bisabuelo*, Pipino de Heristal.

Su *abuelo*, Carlos Martel.

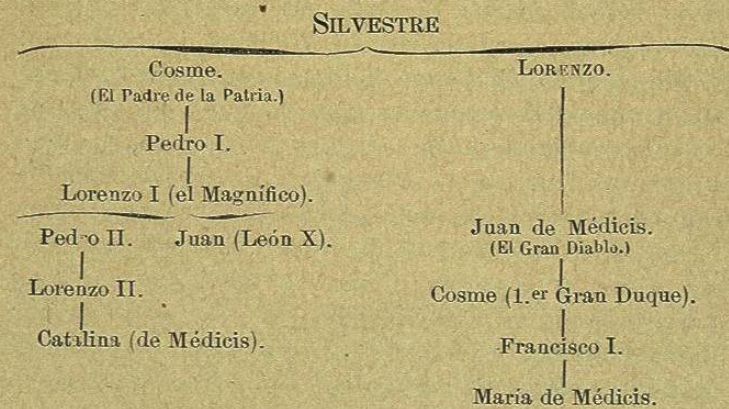
Su *padre*, Pipino el Breve.

II

En los tiempos modernos, indicaré igualmente de paso varios ejemplos é insistiré sobre algunos:

MÉDICIS.—Presentamos su genealogía abreviada.

Esta familia es de origen burgués; en el siglo XIV Silvestre es gonfalonier ó jefe de la República Florentina.



Sobre las relaciones que existen entre los Médicis y nuestros tres reyes, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, véase Michelet, *Histoire de France*, tomo IX. Entra en detalles fisiológicos muy crudos. Se encontra-

rá una genealogía detallada de la familia de los Médicis en la obra de Jacoby, ya citada, p. 336 y siguientes.

CARLOS QUINTO. Pediremos permiso para insistir sobre una comparación que nos ha parecido curioso establecer entre este soberano y don Carlos.

Cuando se compara á don Carlos con su célebre abuelo, se encuentra entre ellos rasgos de parecido tan manifiestos, que apenas es posible dejar de ver en ellos un caso de salto atrás ó atavismo.

Don Carlos era hijo de Felipe II y doña Maria de Portugal. Su madre, que murió cuatro días después de haberlo echado al mundo, solo aparece en la historia como una figura insignificante. En cuanto al padre, era en casi todo la antítesis del hijo (1). El carácter de don Carlos, su temperamento y hasta sus hábitos físicos son inexplicables, si no se remonta hasta Carlos Quinto.....

Carlos Quinto se desarrolló tarde y envejeció pronto. A la edad aproximada de veintiún años no tenía todavía pelo de barba. Su talla era mediana, su salud débil, su cara alargada y triste; hablaba lentamente y tartamudeando. El desarrollo de su inteligencia fué tan tardío como el de su cuerpo. Estuvo mucho tiempo bajo la dependencia absoluta de Chièvres, su ayo. Su temperamento flemático le preservó de los excesos. Pero su glotonería es bien conocida. Antes de levantarse se hacía servir ordinariamente un capón sazonado con azúcar, leche y especias. Comía á mediodía un gran número de platos. Poco después de visperas hacía una nueva comida, y tomaba de buena gana para cenar, cuando estaba más adelantada la noche, anchoas ó cualquier otro alimento fuerte y grosero... Así en el monasterio de Yuste comía ávidamente, bajo la vigi-

(1) Véase este contraste en Gachard, *Don Carlos et Philippe II*, página 237 y siguientes.

lancia de su médico, ancas de rana y pasteles de anguilas (1).

Don Carlos, según la relación de los enviados venecianos y del embajador imperial en Madrid (2), es un príncipe de poca estatura; su cara es fea y desagradable. Es de complexión melancólica. No tiene ningún gusto por el estudio ni los ejercicios viriles. Habla con dificultad y lentitud y sus palabras no tienen enlace. «Su voz es fina y delicada; experimenta dificultad al comenzar á hablar y las palabras salen trabajosamente de su boca. Pronuncia mal las *r* y las *l*». Se le cortó el frenillo á los veintiún años. Poco inclinado á las mujeres, fué glotón como su abuelo. En su prisión se mató por excesos de comida. Se sometió á un régimen compuesto de pastel de perdices, empanadas, manjares con especias y helado por bebida. Estos excesos de mesa comenzaron muy pronto. «Come tanto y con tanta avidez, que no hay palabras con qué poder expresarlo, escribe el embajador imperial, y apenas ha concluido cuando está dispuesto á volver á empezar.»

Sin embargo, si se hace notar que, en la comparación que precede, hemos omitido los rasgos de violencia de don Carlos, responderemos que nos inclinamos á considerarlos como hereditarios. Muy pequeño, mordía y se comía el seno de su nodriza; tuvo hasta tres, á las que hizo mordeduras tales que estuvieron á punto de morir. Su corta vida está llena de rasgos crueles; pega á sus criados, hace comer un par de botas á un zapatero torpe, quiere quemar una casa porque le ha caído una gota de agua en la cabeza. Más tarde, en su prisión, cubría el suelo de su cámara con un charco de agua y se paseaba por él descalzo, apenas vestido, sobre el pavimento helado. Por la noche se hacía llevar á su cama diferentes veces un barreño lleno de hielo y nieve, que conservaba allí horas enteras. (Prescott, VII, 2.)

(1) Prescott, *Règne de Philippe II*, t. I, c. IX.

(2) En Gachard y Prescott, t. IV.

Todos estos actos y muchos otros tienen un carácter desordenado. Y si se quiere recordar bien que Carlos V tuvo por madre á Doña Juana la Loca, reina de Castilla, se verá en los rasgos de locura de D. Carlos nuevas pruebas de herencia regresiva. Además, esta observación fué hecha en aquella época por los embajadores venecianos ya citados. «Ha sufrido durante tres años casi sin interrupción, de cuartanas, muchas veces con enagenación mental; accidente tanto más notable, en él, que parecía haberlo heredado de su abuelo y de su bisabuela.»

Completaremos esta relación con el resumen de un artículo debido á uno de los alienistas más conocidos de Inglaterra, Ireland: *Historia de la neurosis hereditaria de la casa real de España*. Este estudio abraza un periodo de 350 años, y comprende ocho generaciones. El autor parte de D. Juan II de Castilla, casado con Doña Isabel de Portugal (1449); su reinado no fué más «que una larga minoridad» (Prescott); su mujer estuvo loca durante varios años. Tuvo una hija, Doña Isabel la Católica. Esta y su marido D. Fernando no presentan nada anormal. El carácter de su hija Doña Juana la Loca está minuciosamente estudiado por el autor. Contrario á la tesis sostenida por Bergenroth, sacada de los archivos de Simancas (1), Ireland sostiene la locura de Doña Juana. Su hijo Carlos V justifica el adagio «la locura y el genio son parientes».

(1) Según trabajos recientes, el secuestro de Doña Juana fué debido en gran parte á razones políticas; pero no puede por menos de admitirse que si se ha exagerado su locura, fué de un humor fantástico y de una sensibilidad enfermiza. Estaba sujeta á «horribles alucinaciones.» — Enfermo, temblando de fiebre y trabado por la gota, él (Carlos V), no dejará de ir arrastrando sus huesos de un polo al otro, inquietando la tierra entera con su inquietud, hasta que un cambio de la fortuna, que juega con él como á la pelota, un vigoroso golpe de raqueta, como el que da en sus juegos, arroja á este hombre tan prudente al Monasterio de Yuste, con la melancolía de Doña Juana la Loca y de Carlos el Temerario. (Michelet, *Histoire de France*, t. VII.)

El hermano de Carlos, Fernando, fundador de la casa de Austria, tuvo un hijo, Maximiliano, que tuvo dos hijos con tendencias á la neurosis, Rodolfo II y Ernesto, etc., etc.

Volvamos á la casa de España propiamente dicha: Carlos V «nos lleva á Felipe II, con su hijo D. Carlos, que su padre llamaba loco, y al que trataba como criminal».

De su cuarto matrimonio Felipe II tiene por sucesor á Felipe III, «tirano santurrón é indolente.» Después viene Felipe IV, cuyo hijo más joven, Carlos II, débil, epiléptico, no se ocupaba más que en jugar con los enanos, en seguir las procesiones, en recitar *Pater* y *Ave*. Es el fin de la raza (1700), que después de haber pasado por diversos grados de epilepsia, hipocondría, melancolía y manía, termina en la imbecilidad» (1).

En Inglaterra, dejaremos á un lado las familias reales para no ocuparnos más que de los hombres de Estado, citaremos las familias tan conocidas de los Walpole, Pitt, Fox, Grenville, Temple, Peel, etc.

CROMWELL. La descendencia directa es mediana (en otra parte nos ocuparemos de ella); pero Galton le une dos colaterales, el patriota Hampden, hijo de un tío, y el poeta Edmundo Waller, sobrino de Hampden.

VALPOLE, sir Roberto, primer ministro en 1721-42.

Su *padre*, sir Eduardo, miembro distinguido del Parlamento bajo Carlos II.

Su *hermano*, Horacio, diplomático de gran mérito.

Dos *hijos*; Eduardo, administrador, y Horacio, literato.

Fox, Carlos, el rival de Pitt.

Su *abuelo*, hombre de Estado.

Su *padre*, nombrado lord Holland, secretario de Guerra.

(1) Ireland. *Journal of mental science*, Julio, 1879.

Su hermano Esteban, hombre de Estado y *leader*.

Varios sobrinos, hombres de Estado, escritores, generales.

GRENVILLE, Jorge, primer ministro en 1763. Galton cuenta doce miembros notables en esta familia.

PITT, Guillermo, nombrado conde de Chatham, primer ministro en 1766, se casó con una Grenville (véase esta familia).

Su hijo, Guillermo, primer ministro á los veinticinco años, el célebre rival de Fox.

Su nieta, lady Esther Stanhope, la Sibila del Líbano.

TEMPLE, Enrique, más conocido con el nombre de lord Palmerston. Varios miembros notables en su familia, entre los que el hermano mayor de su abuelo, Temple (Guillermo), fué escritor y hombre de Estado.

Sería fácil hacer muy extensa esta lista para Inglaterra (1), y yo no tengo intención de recorrer la historia de todos los países. Indicaré alguno todavía antes de hablar de los franceses.

GUSTAVO-ADOLFO, no menos notable como hombre de Estado que como general; hablaba el francés, el italiano, el latín y el alemán; reconstruyó la Universidad de Upsala.

Su hija, Cristina, reunió en Stokolmo á Grocio, Descartes y Vossio.

Su bisabuelo, Gustavo Vasa. Este tuvo una hija, Cecilia, que se parece en muchos aspectos á Cristina.

Su sobrino segundo, el romántico Carlos XII.

WITT, Juan de Witt y su hermano Cornelio de Witt.

MAURICIO DE NASSAU, uno de los más grandes capitanes de su tiempo, gobernó los Países Bajos.

Su padre, Guillermo de Orange «el Taciturno».

(1) El lector á quien no baste ésta, encontrará un gran número de nombres en Galton, que se ha dedicado especialmente á su país.

Su abuelo, Mauricio, elector de Sajonia.

Su hermano, Federico-Guillermo, estatuder.

Su sobrino segundo, Guillermo III, estatuder y rey de Inglaterra.

Su sobrino, Turena.

En Francia hemos visto el retrato de los Guisas, por Voltaire; citemos entre sus contemporáneos:

COLIGNY (el Almirante Gaspar de), muerto en la noche de San Bartolomé.

Su padre, Gaspar, mariscal de Francia, se distinguió en las guerras de Italia.

Su tío, el duque de Montmorency, condestable de Francia.

Saint Simon señala la familia de los CONDÉ como Voltaire lo hace con la de los Guisas. «En casi todos los príncipes de la familia de Condé, se nota una calurosa y natural intrepidez, una notable disposición para el arte militar, brillantes facultades de inteligencia. Pero, al lado de estos dones, extravagancias del espíritu vecinas de la locura, vicios odiosos del corazón y del carácter, la malignidad, la bajeza, el furor, la avidez del lucro, una avaricia sorda, el gusto por la rapiña y la tiranía y esa especie de insolencia que hace que se deteste más al tirano que á la propia tiranía.» Desde luego, los que lean con alguna preocupación de la herencia esta historia, tan rica en genealogías y retratos, encontrarán frecuentemente en ella noticias curiosas.

En los LAMOIGNON se notaba ya, á fines del siglo XVII, la trasmisión hereditaria. «Una de estas familias que parece nacer para ejercer la justicia y la caridad, en que la virtud se comunica con la sangre, se conserva por los consejos y se exalta con los grandes ejemplos. (Fléchier).» Carlos de Lamoignon, nacido en

1514, sucedió al canceller L'Hôpital, cuando murió en 1572. Tuvo veinte hijos, de los cuales, uno, Pedro, hijo pródigo, murió prematuramente, y Cristian fué presidente de tribunal.—Cristian tuvo un hijo, Guillermo de Lamoignon, el primer presidente del Parlamento, el más célebre de la familia, cuya oración fúnebre hizo Flechier.—Su hijo Cristian Francisco, presidente del tribunal, unido con Boileau, Racine, etc.—Su hermano Nicolás, intendente en Montauban, Pau, Poitiers, Montpellier; aunque asociado á las Dragonadas, desplegó mucho talento.—Guillermo, hijo de Cristian Francisco, primer presidente, desterrado por Maupeou.—Cristian-Francisco II, biznieto del amigo de Boileau, canceller en 1789.—Malesherbes era de esta familia.

El libro de Loménie nos da á conocer con detalles minuciosos la familia de MIRABEAU. «Ha revelado una raza, aparte de los caracteres de una originalidad grandiosa y elevada, de la que nuestro Mirabeau no ha tenido más que proceder para difundirse al momento, para precipitarse como lo ha hecho, y distribuirse por todas partes, de tal modo, que de él se puede decir que ha sido el hijo perdido, el hijo pródigo y sublime de su raza» (Sainte-Beuve).

El marqués de Mirabeau, «el amigo de los hombres», atribuía á la sangre de los Riquetti, el carácter de la raza: «un cierto genio atrevido, particular y exuberante que con frecuencia he descubierto en los rasgos de nuestros viejos antepasados» (1).

Su padre, el marqués Juan Antonio, soldado valiente, hombre áspero y lleno de agudezas, fué abandonado por muerto sobre un campo de batalla. Tres años después, con el brazo roto y la cabeza sostenida por un collar de plata se casó con la señorita de Castellane, «mujer ansiosa de elevación» pero que, al final de su vida, fué atacada de locura. Entre sus hijos citaremos:

(1) Todas las citas están tomadas del libro de Loménie.

El último, Luis Alejandro, cuya vida fué una novela, murió á los treinta y seis años en visperas de hacer una fortuna política en Alemania.

El Bailli, que es el «más bello producto moral que ha salido de esta raza desenfrenada. Pero, como si el exceso mismo del bien fuera inherente á esta familia, el mejor de todos fué exagerado en su pasión por la verdad y la justicia».

El mayor, el *amigo de los hombres*, ha definido toda la raza entera censurándose á sí mismo, en estos términos: «Los impulsos de mi espíritu son tan rápidos que el uno tapa al otro y parece empequeñecerle; aun el equilibrio no es en mí mas que la conmoción de choques momentáneos.» Casó con la señorita de Vassan y los veinte años que pasó con ella «fueron veinte años de cólico nefrítico.» Esta célebre extravagante, que descargó un pistoletazo sobre su hijo «por el furor que le produjo una palabra de conciliación (con su marido) que él le dijo,» dió á luz once hijos.

Entre ellos, el gran orador en quien su padre encontraba «todas las cualidades viles de su tronco materno» y su hermano el vizconde, que decía de sí mismo: «en otra familia yo pasaría por un malvado y un hombre de talento; en la mía soy un hombre honrado y un bobo.

Límite aquí los ejemplos. Evidentemente, deben sobre esto surgir muchos en la memoria del lector. Hubiera sido fácil presentar mayor número de casos de herencia. Los que preceden bastan para desterrar cualquier hipótesis de coincidencia fortuita. Se objetará acaso que tomar así á los hombres en conjunto para compararlos los unos con los otros es hacerlo de un modo demasiado bello, porque en el conjunto de sus cualidades, buenas y malas, hay siempre alguna posibilidad de aproximación. Este procedimiento es, por el contrario, el más natural. Toma el hombre como es, en su totalidad, y presenta la herencia bajo su verdadero aspecto, con todas sus formas posibles de trasmisión.